

dió la voz de fuego con increíble crueldad, recibiendo el valiente brigadier dos descargas seguidas que le hicieron caer muerto acribillado á balazos. También alcanzaron algunas balas, hiriéndole ligeramente, al bizarro oficial Villacampa que le seguía á alguna distancia. Avanzaron luego los granaderos, satisfechos sin duda de haber llevado á cabo tan valerosa hazaña, hasta las posiciones que ocupaban los sublevados; pero estos, situados en la casa de Ayuntamiento y otras inmediatas, les hicieron retroceder con un fuego vivísimo: jugó también la artillería de montaña aunque con poco éxito, y á las once de la noche los sublevados conservaban aun sus posiciones, pero desalentados por la muerte de su jefe, y viendo que no les secundaban el resto de la población y las tropas que antes se habían comprometido á ello, principiaron su retirada con el mayor orden y serenidad. Con el mismo orden evacuaron por la mañana la ciudad y continuaron su retirada, y pasando por los valles de Hecho y Ansó, pasaron después la frontera de Francia, donde fueron internados.

Las primeras noticias de la sublevación de Zaragoza produjeron un terror pánico en el Gobierno de Madrid, pero al saberse el desgraciado éxito que había tenido aquella arrojada empresa y la muerte de su valeroso jefe el brigadier Hore, fué inesplicable la alegría de los acobardados ministros, que se creyeron invencibles; y exageradas las represalias que tomaron contra todos los que no eran sus amigos, por más que fuesen inocentes del delito de los insurrectos de Aragón.

Aprovechó el Gobierno de Sartorius esta ocasión que le sirvió de pretexto para escandalosos atropellos, pues figurando una complicidad que no existía hizo invadir por la policía las casas de muchos ciudadanos pacíficos y las redacciones de los periódicos de oposición, desterró y deportó á su capricho á cuantos pudieran hacerle sombra y entre ellos á varios hombres políticos de reconocida significación, y por último repartió entre sus allegados y servidores cruces, bandas, ascensos y condecoraciones á manos llenas.

Mientras tanto se iniciaba en Madrid la conspiración que había de dar por resultado, no sólo la caída del Ministerio, sino un cambio completo en la política española. Desde el 17 de Enero en que se ocultó el general O'Donnell para burlar la orden de destierro dictada contra él, hasta el 28 de Junio en que se lanzó al campo para enarbolar la bandera de la libertad, permaneció este ilustre general oculto en Madrid y teniendo que variar frecuentemente de domicilio, porque la policía hacía las más activas diligencias por descubrir su retiro. Asociáronse á él para preparar los trabajos necesarios al levantamiento, diferentes personas, ansiosas como él de libertar á España del yugo de sus inmorales opresores, y entre ellas citaremos á los Sres. Cánovas, Fernandez de los Rios, que también tuvieron que andar ocultos, Marqués de la Vega de Armijo, Leon y Medina, que puso en relaciones al conde de Lucena con el general Dulce y otros. Después entraron en la conspiración para prestar el apoyo físico de las tropas que pudieran estar á su mando el citado general Dulce, el comandante Saez y el brigadier Echagüe. Trabajaban también de acuerdo con ellos el general Messina, el Sr. Rios Rosas, el general Serrano y otras personas de grande importancia, decididas todas á no descansar hasta derrocar aquella situación que se había hecho insoportable.